

Ña Catita

Acto primero

Escena I

DON JESÚS, DOÑA RUFINA

DON JESÚS: ¿Se te ha metido el demonio
dentro del cuerpo, mujer?
¿No ves que no puede ser
feliz ese matrimonio?
¿Con don Alejo? ¡Qué he oído!

DOÑA RUFINA: Cabal; con él, sí, señor.

DON JESÚS: ¿Un sempiterno hablador
le quieres dar por marido?
Un zanguango con más dengues
que mocita currutaca,
más hueco que una petaca
y lleno de perendengues;
un fatuo que rompe al día
un par o dos de botines,

registrando figurines
de una en otra sastrería:
un baboso, un dominguejo,
cuyo trato nadie estima
y que sirve en todo Lima
de hazmerreír y de gracejo.

DOÑA RUFINA: ¿No encontraron más apodos
para hacértelo deforme?
pues los que han dado el informe
mienten hasta por los codos,
les sobra pechuga, arrojo,
para hacer malo lo bueno;
ven la paja en ojo ajeno
y no ven la viga en su ojo.
¿Querrán para yerno tuyo
un mozo zarrapastroso,
torpe, feo y andrajoso,
cara de *zango con yuyo*?
No, señor: el tal Manongo
no se casará con mi hija;
vaya y llene su vasija
con agua de otro porongo.

DON JESÚS: Pero escucha mis razones,
mujer de todas mis culpas:
a ver si encuentras disculpas
a estas justas reflexiones.
Sabes que Manongo es hijo
de un hombre a quien aprecié,

y con el cual milité
en el batallón de Fijo.
Cuando fuimos con Pezuela
al Alto Perú los dos,
a él debí, después de Dios,
la vida...

DOÑA RUFINA: ¡Dale la muela!
Tan decantado servicio
con usura le pagaste.

DON JESÚS: Nunca hay servicio que baste
a pagar tal beneficio.
Muy poco antes de su muerte,
como sabes, me llamó,
y llorando me encargó
de ese muchacho la suerte.
Yo entonces le prometí
tratarlo como a hijo mío
y ¿he de mostrarle desvío
sin justo motivo? Di.

DOÑA RUFINA: ¿Acabó usted, don Jesús?

DON JESÚS: Acabé, ¿no te contenta?

DOÑA RUFINA: Pues, bien, haga usted de cuenta
que no ha dicho chus ni mus.
Mi hija no se ha de casar
con un mozo estrafalario

de cuyo trato ordinario
se tenga que avergonzar;
ni con ningún *homo-bono*,
que a su padre se parezca,
que la empañe y la embrutezca.

DON JESÚS: ¡Se verá tal desentono!

DOÑA RUFINA: ¿Qué es esto, pues? ¿Hasta cuándo?
Salgamos de capa rota.
Ese mozo está en pelota,
y es, a más, un burro andando.
Vaya a otra parte a hacer nido,
y no arme más alboroto:
no falta un zapato roto
nunca para un pie podrido.

DON JESÚS: ¡Qué tarabilla!

DOÑA RUFINA: Si quieres
morir, sin saber de qué,
amárrate un tonto al pie.

DON JESÚS: ¡El diablo son las mujeres!

DOÑA RUFINA: ¡Pues lindo saine le ofrece
tu ternura paternal!
Ya se ve, no siente el mal
sino aquel que lo padece.
Yo un marido le destino

que no habrá a quien no le guste,
porque es un hombre de fuste,
muy ilustrado y muy fino.

DON JESÚS: Y muy trucha entre los truchas.

DOÑA RUFINA: Y chillese el que se chille,
hará que la niña brille
y pinte mejor que muchas.

DON JESÚS: ¿Te ha dado fiebre, Rufina?
Vamos a ver, trae el pulso.

DOÑA RUFINA: Como es usted tan insulso
no sale de la rutina.

DON JESÚS: ¿Qué es lo que estás ahí diciendo?
¿Has perdido la chaveta?

DOÑA RUFINA: Yo no hablo de paporreta;
Dios me entiende y yo me entiendo.

DON JESÚS: ¿De cuándo acá esa hinchazón?
¡Qué pronto has mudado pasta!
Pues, mira, toda tu casta
ha sido de asta y rejón.
Me acuerdo muy bien, Rufina,
que cuando te cortejaba,
apenas aquí asomaba
corrías a la cocina.

Y si, al partir como cohete,
algo a mi afán respondías,
con un discante salías
o con un domingo siete.
¿De dónde esos papelotes?
¡Mire usted que es cuanto cabe!
Y esto dice quien no sabe
ni siquiera hacer palotes.
Ya se ve; tú sola no eres
quien tanto adefesio apura;
de tu misma catadura
hay en Lima mil mujeres.
Yo conozco cierta dama,
que con este siglo irá,
que dice que a su mamá,
no la llamó nunca mama.
Y otra de aspecto cetrino,
que, por mostrar gusto inglés,
diz que no sabe lo que es
mazamorra de cochino.

DOÑA RUFINA: ¿Y a qué viene eso ahora?

DON JESÚS: A nada...

DOÑA RUFINA: ¿Pero a qué?

DON JESÚS: Yo sé mi cuento.

DOÑA RUFINA: Venga o no venga, de intento
larga usted una patochada.
¡Hablador! Para sacar
las faltas a sus paisanas
siempre tiene buenas ganas.

DON JESÚS: A nadie pienso agraviar.
Hará mal quien se indisponga.

DOÑA RUFINA: ¡Cómo es usted papagallo!

DON JESÚS: Si a alguna le viene el sayo
¿qué he de hacer? Que se lo ponga.

DOÑA RUFINA: Sea o no todo eso cierto
en vano es que usted prosiga;
porque todo cuanto diga
es predicar en desierto.
Julieta se casará
con don Alejo.

DON JESÚS: ¡Qué escucho!
¡Julieta!

DOÑA RUFINA: La quiere mucho.

DON JESÚS: *Más que nunca*, no será.
¡Habrà una vieja más verde!
Julieta, a su hija ha nombrado,

cuando nunca se ha llamado
sino Juliana Valverde.
Milagro que no le ha puesto
piche, gorrión o canario;
porque hoy día el calendario
es un potaje indigesto.
Yo pondré remedio, sí.
Silencio, que viene gente.

Escena II

DICHOS, DON ALEJO

DON ALEJO: Echemos antes el lente para ver
quién anda aquí.

DOÑA RUFINA: ¡Don Alejo!

DON JESÚS: (¡Sinvergüenza!).

DOÑA RUFINA: Hágame usted el favor
de callarse. (*Bajo a don Jesús*).

DON JESÚS: (¡Pillo!).

DOÑA RUFINA: ¡Chito!
Tenga usted más discreción.

DON ALEJO: ¡Hola! Es *Monsieur* con Madama.

DON JESÚS: ¡Soy capaz...!

DOÑA RUFINA: Baja la voz.

DON ALEJO: A la orden... (*Saludando con
afectación*).

DOÑA RUFINA: ¡Oh, don Alejo!
¿Tanto bueno?

DON ALEJO: *Sans façon*.
Por mí no hay que incomodarse.

DOÑA RUFINA: ¡Disparate! No, señor.
Usted está aquí en su casa.

DON ALEJO: *Merci*.

DOÑA RUFINA: No hay de qué.

DON JESÚS: (Embrollón).

DON ALEJO: *¿Y comment ça va, Madama?*

DOÑA RUFINA: Pues no lo he sabido hasta hoy;
¿conque vino usted el sábado?
yo salí...

DON ALEJO: No es eso, no,
Digo que ¿cómo está usted?

DOÑA RUFINA: Ahí tirando con la tos.

DON ALEJO: Goma arábiga con ella,
o ipepacuana si no.
Ahora hay muchos constipados.

DOÑA RUFINA: Irritada es lo que estoy.

DON ALEJO: Entonces soy de dictamen
que tome usted el *pansirop*.
¡Y cuidado! Mucho abrigo,
que de una muerte precoz
nadie está libre.

DOÑA RUFINA: Así lo hago.

DON ALEJO: Y hasta que no salga el sol
en cama.

DOÑA RUFINA: Precisamente.

DON ALEJO: *Très-bien*.

DON JESÚS: (¡Y lo sufro yo!).

DON ALEJO: La estación está pluviosa;
y el aire, y ese frescor
de las mañanas...

DOÑA RUFINA: Así es.

DON ALEJO: ¿Y usted, *Monsieur*...? ¿Guapetón?

DON JESÚS: Sí, señor.

DON ALEJO: Me alegro mucho.

DON JESÚS: Gracias.

DOÑA RUFINA: Prudencia, por Dios. (*Bajo
a don Jesús*).

DON ALEJO: Usted va de *promené*,
según lo que viendo estoy.
¡Pero con capa...! ¿Quién usa
ya ese ropaje español?
Parece que usted viviera
en los tiempos de Godoy.

DON JESÚS: Yo me visto como quiero.

DOÑA RUFINA: ¡Qué respuesta! ¡Cuándo no!

DON ALEJO: Póngase usted un *Lord Ragland*,
que es el traje *comm'il faut*;
donde *Rosack* compré el mío,
y pintado me salió.
Me costó caro, verdad,
pero es el que sirve hoy

de modelo en todo Lima.
¡No es extraño! Tengo yo
un gusto tan exquisito...
y luego me ha dado Dios
un cuerpo tan... ¿no es así?
*(A doña Rufina, después de
mirarse).*

DOÑA RUFINA: ¿Quién lo duda? Sí, señor.

DON JESÚS: (¡Habrà mayor mentecato!).
Por no escucharlo me voy.
Hasta luego, mi señora.
Caballero...

DON ALEJO: Servidor.

DON JESÚS: (Ya te compondré yo el bulto).

Escena III

DOÑA RUFINA, DON ALEJO

DON ALEJO: Mala está la guisa hoy.

DOÑA RUFINA: Déjeme usted, don Alejo;
mientras más viejo, está peor.
Se va poniendo intratable.

De nada sirve que yo
le predique a todas horas
para que mude de humor.
Nada, imposible. Los hombres
más duros son que una hoz
y si se les mete el diablo
¿quién puede con ellos?

DON ALEJO: ¡Oh!
me pongo yo algunos días,
que casi insufrible soy.

DOÑA RUFINA: ¡Qué! ¿Padece usted de esplín?

DON ALEJO: ¡Ah! Si parezco un bretón;
pero pronto se me pasa.
Tomando un vaso de ponch,
o una copa de coñac,
como si tal cosa estoy.
Pero, variando de asunto,
¿Julieta está aquí o salió?

DOÑA RUFINA: Por adentro anda esa loca.

DON ALEJO: ¿Siempre hechicera?

DOÑA RUFINA: Favor
que usted le hace.

DON ALEJO: Nada de eso.